



Entrevista a Emmanuel Carballo

Memorias de un **protagonista** de la literatura mexicana

ABRAHAM G. MARTÍNEZ

Las memorias del maestro Emmanuel Carballo han quedado plasmadas en el libro *Ya nada es igual*, Fondo de Cultura Económica. Es la historia de un personaje esencial en la vida de la literatura en México; en el México de los treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta. Es la historia de un país, sus calles, su música. Es sobre todo la historia de un crítico controvertido que se formó con los jesuitas, que descubrió el mundo del comunismo, que tuvo las utopías y que despertó a la realidad. Emmanuel relata en ellas su niñez, su adolescencia, su madurez, la vida cultural en su natal Guadalajara y con dardos agudos –en ciertos puntos hasta venenosos– retrata la obra de las grandes personalidades de la literatura en México.

Esta obra es un esfuerzo del quehacer por su sociedad, su lengua. Resultado de la memoria, de la nostalgia. Abarca la formación de un humano desde la niñez y ya después como escritor; es el diario de un aspirante a escritor no a santo. Es la visión de un crítico mexicano: cómo vivió, qué lee, qué piensa. Más que una obra de creación es una obra que reúne la recolección de archivos –como la revista *Ariel*– de textos que publicaban, que rescataban (López Velarde, Porfirio Barba Jacob). En estas memorias Emmanuel se despidió de la crítica que por tanto tiempo ejerció con maestría, pues “así como un doctor que ha operado los ojos de muchas personas debe de tener un pulso seguro, exacto, ya viejo no puede seguir operando porque sino destroza el

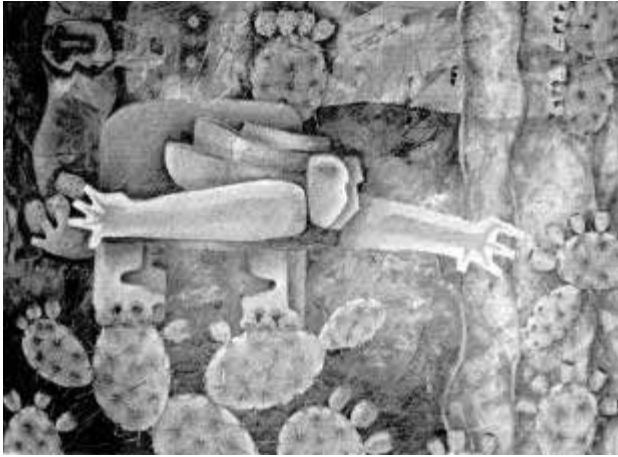
ojo de su paciente. Un crítico es igual, ya mis ideas fueron, ya no soy capaz de entender a los jóvenes. Tiene que venir alguien que los entienda y que sea de su misma generación”, confiesa el maestro a El Búho. “De ahora en adelante me retiro de la crítica y me dedico a la historia de la literatura, al ensayo, a hablar del siglo XIX”.

La memoria de los años

Nace el 2 de julio de 1929. Su padre, don Avelino Carballo era español, de Galicia. Llegó a México a trabajar en la industria maderera por invitación de sus parientes radicados aquí. En Michoacán fundó una tienda de ropa y una maderería. Sus padres se casaron en 1928, en plena Guerra Cristera. El sacerdote llegó al pueblo Los Reyes disfrazado de arriero. A los pocos días se casaron por el civil y el testigo de don Avelino Carballo fue el entonces gobernador General Lázaro Cárdenas del Río. En este pueblo es donde nace Emmanuel Carballo.

Avelino Carballo y su familia deciden cambiar de aires y dada la facilidad que ofrecía el ferrocarril y la bonanza de los negocios hicieron más fácil el viaje a la capital del estado de Jalisco. Tres años después nació su hermana, Teresa de Jesús. La familia estaba bien establecida pero los gastos aumentaron y los ingresos de la maderería como todo negocio que comienza, fueron menores que los previstos. Las repercusiones de las consecuencias económicas del crack del 29 no fueron fáciles de llevar. “Mi padre, enfermó de una fuerte gripe, tuvo que abandonar la cama para ir al banco a atender cierto asunto de carácter inaplazable. No pudo llegar al banco; regresó a casa, se acostó y pocos días después murió víctima de una incontrolable bronconeumonía. Aún no llegaba a los cuarenta.”.

Al año de morir su padre, en 1933, falleció su hermana. Su madre conservadora infatigable, y ya sin obligaciones matrimoniales por cumplir, ejercía de psicoanalista aficionada entre sus amigos y hermanos: “Unas



Abel Vázquez

veces despachaba los asuntos sentimentales de sus pacientes por teléfono y otras en la sala de su casa. Escuchar esas conversaciones me nublaba la vista y producía vértigos. Detrás de las cortinas de la sala, escondido e inmóvil durante horas, me enteré de las relaciones conyugales de sus amigas: de sus orgasmos y rutinas. Cuando veía socialmente a esas señoras tan mojigatas, me costaba trabajo admitir que eran las mismas que yo oía embelesado detrás de las cortinas”.

A sus siete años de edad comenzó la Guerra Civil Española y “como pude seguí las crueldades a veces refinadas a veces sórdidas cometidas por los dos bandos. Cuando tenía diez años de edad –recuerda el maestro–, durante la Segunda Guerra Mundial, mis primos fueron partidarios de los nazis y yo de los aliados. La derrota de Hitler constituyó la primera victoria de mis convicciones. La primera y no la última. En el 49 me entusiasmó el triunfo de Mao y diez años más tarde el de Fidel y sus barbudos.” Le da una profunda bocanada a su cigarro, sus ojos se pierden en el tiempo y reflexiona: “Las victorias, lo comprobé muchos años después, las cobra caro la historia: los héroes de ayer suelen ser fatalmente los tiranos de hoy.”

El sentido de la autobiografía

Las autobiografías no son libros muy comunes en México, menos las que se dedican con enorme paciencia a tejer recuerdos y hacer memoria del quehacer literario

en la historia de nuestro país. Así lo ha hecho Emmanuel Carballo. Para él las memorias de un escritor son un enorme acervo histórico, sociológico y humanístico: “Vasconcelos en sus memorias –que a mi parecer son las mejores que se han publicado en el siglo xx– es un escritor que además de la literatura demuestra otra gran pasión: la política, y no en el sentido de lucro, sino de cambiar el sistema de México. Primero lo hizo en la educación, todavía, en mayor o menor grado, vivimos en el México cultural y educativo que creó Vasconcelos en los años veinte. Fabricó una manera de ser, de pensar, de actuar, incluso uno de los mejores momentos de la Revolución Mexicana es el aspecto cultural que se le debe a él. Por eso sus memorias son las de un hombre que lucha terriblemente contra sus enemigos internos y externos. Los elementos internos son sus pasiones: el amor y el sexo. Hay momentos, sobre todo en años veinte cuando se publicaron sus memorias, plagados de erotismo al rojo vivo.”

La voz de Emmanuel se enciende, seguirlo en la plática es hablar con sus manos que de vez en cuando se trasladan a su rostro. Su boca aspira el cigarrillo y segundos después exhala una nube blanquiazul. Se levanta de su mesa de trabajo y se dirige a su enorme librero (las paredes de su estudio están forradas de libreros, desde el techo que es altísimo hasta el suelo). Regresa con un libro, las memorias de Vasconcelos y lo deposita sobre la mesa: “Cada época tiene sus límites. Los límites de Vasconcelos eran muy grandes. Hecho curioso. Vasconcelos publicó en editorial Jus en los años cincuenta una edición expurgada de sus memorias en la que los editores jesuitas le quitaron todos los pasajes sexuales o eróticos y todos los párrafos que tenían que ver con la iglesia católica. Él era católico, fue católico al principio, después dejó la religión y años más tarde retomó el catolicismo. Sin embargo no estaba de acuerdo con la Iglesia porque la Iglesia iba en contra de la historia de México y contra los intereses del pueblo mexicano.”

Al hablar sobre sus memorias y el porqué decidió escribirlas, Emmanuel responde: “Bueno, yo creo que aparte de tener disposición para hacerlo, tengo que cumplir al final de una vida la labor de una persona, la de escritor en mi caso. Fundamentalmente he sido un crítico literario, un historiador de la literatura, un ensayista y quiero dejar constancia de lo que he vivido y de lo que he hecho por la literatura mexicana. No son las memorias de un hombre que habla de sí mismo y el resto del mundo le vale un cacahuete. Aquí soy yo y mis circunstancias, lo importante del libro es que son las memorias de un crítico literario porque en ellas hay pequeños ensayos, hay notas críticas, hay crónicas literarias y la literatura está presente de principio a fin. Es la biografía intelectual de un individuo; por supuesto eso no me impide hablar del amor, la amistad, el odio, el paso del tiempo, de cómo descubro la literatura en Guadalajara en 1949, de cómo fui de niño, qué pasiones me embargaban, cómo fui satisfaciéndolas y creando nuevas pasiones. Todo esto está en las memorias”.

“Fui monaguillo y me corrieron de la Iglesia por leer pornografía, en la universidad estudié con los jesuitas y antes con los maristas pero yo era muy contestatario. La religión dejó de significar para mí un tema importante. La política en mis primeros años tampoco funcionaba, la veía –como ve la gente común y corriente a la política– como un negocio. Yo era así pero decidí ser distinto y lo hice posteriormente ya estando en la Ciudad de México. Debíamos luchar para cambiar este país, no podíamos vivir sabrosamente lo que nos daban y ser gente absolutamente despolitizada. Fui y soy un hombre de izquierda, antes era más beligerante y fui madurando políticamente. Estaba con los rojos en la Guerra Civil española, celebré en lo íntimo, en 1949, el triunfo de Mao Tse Tung y en el 1959 el de Fidel Castro, pero los héroes de hoy no serán los del mañana, ellos duran un tiempo pero se erosionan y se convierten en caricaturas de sí mismos”.

Hay versiones de los triunfadores y los vencidos, el libro de Emmanuel es la historia de un hombre que

reconstruye su gabinete de trabajo después de cuarenta y cinco años. “Es mi versión, mi testimonio que espero que prospere no por su carácter histórico sino por razones estéticas. Mi libro está escrito en un español que va a durar, sí, es historia trasladada al papel con todos los requisitos que tiene la buena prosa. Es lo que yo quise hacer. Es una versión más de los años treinta, cuarenta y cincuenta. Es cuando empiezo a despertar y ver a la Historia –con letras mayúsculas– empiezo a ver el cardenismo, recuerdo que como niño sufrí en carne propia, mi familia era de hacendados jaliscienses y michoacanos y perdimos nuestras tierras y pasamos de una posición holgada a una bastante reducida por la reforma agraria. Yo pude haber sido, como Ibarregüengoitia, por la misma razón un reaccionario.”

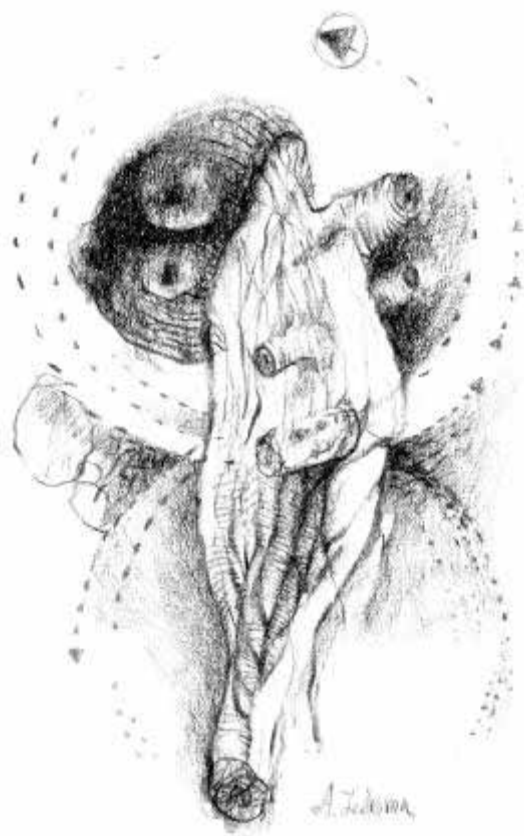
Cierra los ojos y recuerda: “Yo perdí, mi familia perdió. En el cardenismo descubro que hay otra manera de enseñar. Iba a colegios religiosos y ya se había resuelto el problema del catolicismo pero todavía quedaban resabios en el aire; en algunos momentos tuve que tomar clases en casas particulares y no en escuelas por la persecución a la educación religiosa. Entraba un niño y a los dos minutos otro y después otro y ya que estaba el grupo entraba sigilosamente el sacerdote a darnos la clase, la salida era del mismo estilo, vivir eso era fabuloso. Lo prohibido tiene una gran importancia interna pero al lado de eso existía otra manera de enseñar, que era la de las escuelas públicas, tan valiosa y tan valiente y tan actual. Entonces empecé a ver que esta manera de educar, de entender la vida era más correcta que la que yo tenía. Después viene Ávila Camacho como candidato oficial y Juan Andrew Almazán, un reaccionario que englobó a todos los disidentes en contra del gobierno de Cárdenas –los que habíamos perdido las tierras, los católicos, de la clase media para arriba– lo acepté y creo que fue mi último acto de aceptación de un orden caduco de ideas. No estuve con Ávila Camacho. Con Almazán, sí”.

En sus años de universitario, Emmanuel Carballo descubre un mundo: “La Universidad me cambió la

visión del mundo, empecé a ver la otra cara de la moneda. Esa cara era la que me interesaba, yo me iba a ir por ahí. Empecé a tener problemas con mi mamá, con mi familia, con mis maestros, con compañeros de escuela, con los escritores de Guadalajara”.

La literatura marcada por los tiempos políticos

¿Qué es esto?, se le pregunta al maestro y su respuesta es rápida, ágil. “Es tratar de entender el mundo, transformarlo mediante tu manera de ser y de expresarte. Todo está dicho y muy bien dicho. Pero siempre hay alguna cosita interesante y lo expresas con un lenguaje, si no lleno de novedad, si de nuevos temblores, nuevas maneras de juntar las palabras y lograr ciertos efectos acústicos. Cada quien tiene su manera de entender la vida. La mía ya caducó. Soy un escritor del anciano régimen. Antes de mí había escritores porfiristas y yo soy de los escritores del régimen priísta. Me crié en el PRI y vengo a enveje-



Antonio Ledesma

cer con un neo-PRI que es el panismo. No hubo cambio, nos estafaron una vez más. Son las mismas fuerzas, los mismos intereses, el mismo vocabulario.”

Su rostro se desencaja y su voz adquiere aires de tristeza: “Durante los primeros cuatro años del gobierno foxista, escribía un artículo de política en las páginas editoriales del El Universal, pero me di cuenta que resultaba absurdo. Estaba perdiendo mi vida literaria por dedicarme a la crítica política y la política al día siguiente esta más muerta que Tutankhamon en su tumba egipcia. Mejor hago lo mío. Ahora estoy en la sección de cultura dedicándome gozosamente a lo mío. Me han engañado tanto: la revolución cubana ha dejado de ser lo que debió haber sido, el marxismo dejó de ser algo que iba a cambiar al mundo, quedó en una utopía. Yo trato de salvarme a mí mismo, de decir lo que pienso. Ya no seré el último de los mohicanos, sino el último de los escritores que todavía teníamos conciencia ética, política y estética, pensábamos que la literatura no era un juego, sino una profesión. En un país tercer mundista como México se era escritor y al mismo tiempo se era maestro. No hacer literatura con tono profesoral pero si que tu obra funcione artísticamente.”

La Dolce Mafia

Un 8 de septiembre de 1953, el maestro Carballo decidió empaclar sus libros y venirse a la Ciudad de México. Llega de Guadalajara sin conocer a nadie, sin contactos, sin nada. Sólo él, su familia y sus sueños. “Guadalajara me quedaba chica, era como cuando tus pies crecen y te aprietan los zapatos y tus padres no te compran otros porque no tienen dinero, tienes los dedos encogidos y caminas a disgusto. La Universidad donde estudié no tenía escuela de letras, no tenía Facultad de Filosofía. Llegaban las novedades muy tarde porque no había buenas librerías. No había conferencias. El cine que llegaba era el cine de Hollywood pero no el bueno. Yo creo que vine un poco a revolucionar, primero con mi ignorancia y luego con mi buena fe a la literatura mexicana”.

Llegar a decirle a un grupo de notables escritores mexicanos que lo que estaban diciendo era mentira, no era cualquier cosa: “Es un juego de poder, en que algunos tienen el mando de un pequeño círculo y son autores, son editores, son críticos, son lectores, dan los premios, dan las becas, es un círculo cerrado.”

Nuevamente la voz de Carballo se transforma junto con su rostro, no hay resabios de cólera, sino un gesto de decepción: “En un principio yo entré a ese grupo, a la Mafia –como se le decía al grupo encabezado por Fernando Benítez– pero cuando me di cuenta me salí y desde entonces trabajo solo. Trataron de acabar conmigo desde el 55. Ya pasaron cincuenta años y estoy vivo y dando la pelea”.

Era 1957 y el doctor Elías Nandino dirigía junto con José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis la revista Estaciones. Monsiváis y José Emilio corregían pruebas, asistían a los cocteles en el penthouse de Rafael Solana y conversaban con Rubén Salazar Mallén, Alí Chumacero, Francisco Zendejas y Salvador Reyes Nevares. Para Carlos Monsiváis en el suplemento de Novedades, Fernando Benítez “promovía un sentido sensacional de la literatura y demostraba que la publicidad no era sólo aplicable al Ratón Macías”. José Luis Cuevas liquidaba una tradición esclavizante y creaba dos grandes estilos, uno artístico y otro publicitario. Emmanuel Carballo removía y entrevistaba, y El Ateneo de la Juventud y Contemporáneos volvieron a ser noticia. La Mafia entonces no era famosa y sí solemne. Allí estaban Fernando Benítez, Gastón García Cantú, Jaime García Terrés, el innovador Vicente Rojo, Emilio García Riera, Juan Vicente Melo, Jorge Ibargüengoitia, José Emilio Pacheco, Alí Chumacero, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea, Elena Poniatowska, Salvador Reyes Nevares., Armando Ayala Anguiano, Francisco Piña, Juan García Ponce, Sol Arguedas, Lya Cardoza, Carlos Monsiváis y, Emmanuel Carballo.

En el libro Carlos Monsiváis autobiografía, el autor recuerda: “Cuando se decidió exterminar las contradiccio-

nes en el seno de la burguesía y el Jefe Pagés Llergo nos recibió en Siempre!, La Mafia sufrió una transformación definitiva. Se volvió un grupo importante por convertirse inexorablemente en el pararrayos de los resentidos, la posibilidad de responsabilizar a unos cuantos del fracaso literario de todos.”

El maestro Carballo recuerda sentado y cruzado de brazos, su vista al suelo y el cigarrillo en la mano derecha: “Yo formé parte de la Mafia y si hubiera seguido ese camino tendría el mismo prestigio que tengo ahora pero estaría muy manchado, ni con Salvo, ni con Ariel, ni con ningún Fab borraría las huellas de mis crímenes. Me di cuenta de quiénes eran y qué querían, servirse unos a los otros. Me pareció tan sucio, tan innoble, tan puerco, que me retiré. Desde entonces escribo solo.”

No obstante, el maestro no niega las contribuciones literarias que dejó este grupo: “Si hablamos de sus aportaciones era un grupo magnífico. La Mafia-Mafia era Fernando Benítez, Jaime García Terres, Carlos Fuentes, Gastón García Cantú, Alfonso Reyes les hacía el juego, Octavio Paz les hacía el juego. Era un grupo pequeño pero muy poderoso. Yo trabajé en difusión cultural con García Terres, escribí en Novedades donde estaba la Mafia y después nos fuimos a Siempre! con José Pagés Llergo. Después me di cuenta que yo no servía ni me servía, hubo un tiempo en que sí me sirvió porque me di a conocer, cuando ya era conocido hice mi propio grupo de una sola persona.”

De ahí en adelante Emmanuel Carballo siguió solo. Criticó duramente lo que él consideraba incorrecto estrictamente en lo literario. A estas alturas de su vida cree haberlo hecho bien: “De alguna manera fui el oficial del registro civil de la literatura mexicana de 1953 –siendo un joven de 24 años– ochenta. Me tocó redescubrir a escritores muy olvidados como Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, la generación del Ateneo. Me tocó volver a llamar la atención sobre el grupo de Los

Contemporáneos que casi no se leía. Hice que muchos volvieran la vista sobre Salvador Novo, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer. Luego me tocó descubrir a Agustín Yáñez. Darle su lugar a Octavio Paz, como el maestro de nuestra generación. Luego los hermanos mayores de mi generación nacidos en la década de los años diez –en 17 y 18 respectivamente– Juan Rulfo y Juan José Arreola fueron ya mis descubrimientos, me tocó descubrirlos totalmente de principio a fin, a Carlos Fuentes, a Carlos Monsiváis, a José Emilio Pacheco. Después a la generación de la Onda a José Agustín, a Gustavo Sáinz. Alcance todavía a vislumbrar que Jorge Volpi tenía talento. Estoy convencido de que el crítico literario no solamente debe hacer esas notitas críticas entregadas a los diarios, sino andar buscando y conociendo gente. Fundé una editorial (junto con Carlos Fuentes), iba por toda América Latina buscando gente, descubrí a Reynaldo Arenas, traje a México a Mario Benedetti, fui editor de los tupamaros, de los cubanos, de los sandinistas. Escribía como el hombre en llamas, de Orozco: ‘quemándome en mi propio fuego’, la vida es eso”.

El quehacer del crítico

“Ser crítico es ser el patito feo. Es el papel más deslucido, no hay premio Nobel, ni Rómulo Gallegos. Si eres novelista está el Premio Nacional de Letras, los concursos de Alfaguara, de Anagrama, de Casa de las Américas, los premios de los estados, todos son para poetas, cuentistas, novelistas y dramaturgos. Hay uno en Durango para los ensayistas. No hay ninguno para los críticos literarios. Eso dice mucho. Ahora si cada semana dices lo que piensas –como fue/es mi caso– yo me fui quedando sin amigos. Se burlaban de mí hace treinta años: ‘Carballo, el hombre sin amigos’. Cada semana perdía un amigo por mi quehacer, por comentar un libro.”

A pesar de ello en México hay buenos críticos. Para Emmanuel Carballo el crítico Christopher Domínguez

Michael pudo haber sido su sucesor, pero al final fue una decepción: “Christopher Domínguez actúa como si fuese europeo. Ya tiene veinte años –de crítico– y no ha descubierto un autor, no ha programado una obra maestra, habla de sus amigos, habla de los libros de otras literaturas y sus notas críticas son inferiores a las notas críticas que gente de otros países ha hecho de los mismos libros. No se puede jugar a ser en tu país un extranjero. Tienes que dedicarte aunque sea un poco a tu literatura, tu parcela, tu lengua. Primero a la literatura mexicana, luego la latinoamericana, después la española y si te queda vida y tiempo a la de los ingleses, franceses, italianos, alemanes, suecos, polacos pero ellos tienen mejores críticos que viven en su países, hablan sus idiomas y entienden sus formas.”

“En este país –como crítico literario– los juicios de valor duran cuando mucho 25 años. Sé que mis juicios van a morir conmigo. Cuando eso suceda –si fuiste congruente– te van a perdonar la vida, van a decir: este hombre por lo menos era sincero.”

Los mecenas

¿Qué piensa usted del mecenazgo, daña o no al escritor?, se le pregunta al maestro. Se toma un tiempo para responder: “El pobre escritor en un país como México no vive de sus lectores, sólo los que escriben bestsellers, libros de superación personal como los de Cuauhtémoc Sánchez o libros sin ton ni son como los de Laura Esquivel o Lupita Loaeza. Eso no es literatura, es pastelería demasiado inflada, puro aire adentro del betún. Estamos hablando del escritor serio. El que vive pobremente. Las becas son alicientes: que el Colegio de México, que la UNAM, que Conaculta, que la Rockefeller. Hay que aceptar estas becas pero no la ideología de las mismas. Si el gobierno te beca no vas a escribir para el gobierno. Si te beca la Rockefeller no vas a hacer publicidad a favor de Bush. Hacer periodismo es otra opción. Dar conferencias, ser maestro universitario,

algo de televisión, radio, siempre y cuando eso no te anule ni te cambie.”

Pero –acota el que esto escribe– los empresarios son mecenas por excelencia, le leo algunas frases: “Carlos Slim fue un gran amigo de Fernando Benítez y, fue Benítez quien lo presentó con Carlos Fuentes, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Carlos Payán...”

El gesto de Carballo se entrecierra y contesta: “Déjame hacer una precisión, Carlos Fuentes y yo empezamos juntos en 1954. Hicimos la revista que se llamaba Literatura y fue Octavio Paz quien nos lo presentó. Estos señores como Germán Dehesa y Aguilar Camín son gente que hace mala la literatura; que viven del dinero de políticos como Salinas. Yo abomino a todo ese tipo de gente.”

Le leo otra frase: cuando se le preguntó a Carlos Fuentes por qué Slim buscaba rodearse de intelectuales, Fuentes respondió: “Él no nos busca, nosotros lo buscamos porque nos enriquecemos con su frescura y espontaneidad”. Leo otra frase: “Slim fue uno de los pocos amigos de Octavio Paz, son muy amigos y se quieren mucho”, dijo Juan Soriano. Enrique Krauze cena semanalmente con él..

Carballo me interrumpe: “Yo estoy en contra de todo eso. Uno no debe servir al príncipe sino a los vasallos, nuestros pares no son la gente rica. Tampoco está mal conocer a gente de dinero, al propio Slim, pero siempre en un trato de iguales, no de otra manera. Si no sería como hipotecar tu honradez, tu capacidad de indignación frente a las cosas que suceden.”

Finalmente le pedí que me definiera con una sola palabra lo que piensa de la obra de una serie de autores:

Elena Poniatowska: Su literatura

Guadalupe Loaeza: Inexistente

Elena Garro: Extraordinaria

Rosario Castellanos: Mediocre

María Luisa Mendoza: Inexistente

Alfonso Reyes: Extraordinario

José Luis Martínez: Mediocre

Martín Luis Guzmán: Excelente

Octavio Paz: Excelente

Alí Chumacero: Buen escritor, talentoso

Emilio Carballido: Modificante, modificó al teatro mexicano

José Revueltas: Extraordinario

José Emilio Pacheco: Talentoso

Sergio Pitlor: Talentoso

Juan José Arreola: Excelente

Carlos Fuentes: Excelente

Fernando Benítez: Mediocre

Jorge Volpi: Interrogación. Puede ser. Puede no ser.

FIN FIN. ■

